

January 2016

El advenedizo

Hermano Alexander Buitrago Bolívar, Fsc.
Universidad de La Salle, Bogotá, Al197733@hotmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Buitrago Bolívar, Fsc., H. A. (2016). El advenedizo. Revista de la Universidad de La Salle, (69), 163-170.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El advenedizo



Hermano Alexander Buitrago Bolívar, Fsc.*

■ Resumen

Stendhal construyó, de entre todos los prototipos de la literatura francesa, a Julián Sorel, un héroe advenedizo que jamás puede realizar su sueño ambicioso. Las circunstancias que rodean a Sorel y que caldean la obra son también el espejo de la realidad francesa del momento que el autor quiere condensar en su novela. Es el triunfo del poder, el engaño y la vanidad por encima de la honestidad, e incluso, del amor; amor que en la novela *Rojo y negro* se materializa en el afán último del protagonista —que es la ambición— por conseguir el triunfo del ego propio por encima del corazón. ¿Cuál es, entonces, la verdad, la amarga verdad que este advenedizo francés pretende comunicar a los lectores de todos los tiempos?

Palabras clave: literatura, realismo francés, héroe stendhaliano, Julián Sorel.

* Hermano de La Salle. Licenciado en Ciencias de la Educación con especialidad en Estudios Religiosos de la Universidad de La Salle. Especialista en Gerencia Educativa de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y literato de la Universidad de los Andes. Correo electrónico: AI197733@hotmail.com.

La verdad, la amarga verdad.

Stendhal

Una novela puede reflejar los dilemas de la sociedad del momento al recrear un microcosmos con vida propia donde el lector se observe a sí mismo y, en esas páginas, lea detalladamente aspectos de su época que la ceguera de la vida rutinaria le impide vislumbrar. Para Stendhal, autor de *Rojo y negro*, “una novela es un espejo que paseamos a lo largo del camino”, epígrafe bastante revelador y contundente para explicar el carácter y la naturaleza de las novelas del realismo francés. Es decir, el escritor trabaja con los elementos de su realidad circundante, creando una serie de personajes que, en un mundo a escala, vivan los avatares de su época para mostrar, como a través de un espejo, la aplastante realidad.

Julián Sorel, héroe de Stendhal, fluirá, fluctuará y se deslizará por los párrafos posteriores para reclamar la gloria que le corresponde. Ha sido seleccionado entre los múltiples prototipos de la obra literaria debido no solo a que siempre fue un advenedizo que nunca pudo realizar su sueño, ni a la manera de Napoleón ni como eclesiástico, sino porque ni la muerte lo salvó del abismo de la hipocresía en la que vivió hundido durante toda la novela. Solo a veces se vislumbrará un Julián Sorel sincero, reflexivo y amoroso, estados del alma que contrarían su ambicioso proyecto personal. La ardua tarea detectivesca consistirá entonces en seguirlo a través de las exhaustas páginas de *Rojo y negro* para conseguir “la verdad, la amarga verdad” de este advenedizo francés.

Julián Sorel es descrito como un muchacho virtuoso y con talento suficiente para triunfar, inteligente, hábil, sagaz, aunque inocente y soñador. Tiene las virtudes necesarias para obtener la gloria que tanto anhela. Solo que es provinciano, notorio defecto para alguien con grandes aspiraciones dentro de los círculos de poder. Hobsbawm afirma que “los verdaderos ciudadanos miraban por encima del hombro al campo circundante con el desprecio que el vivo y el sabiondo siente por el fuerte, el lento, el ignorante y el estúpido” (1997, s. p.). El autor señala que la línea que dividía el campo y la ciudad era fuertemente

marcada, e incluso hasta se llegaba a distinguir al campesino por su aspecto físico.

Julián Sorel es oriundo de Verrières, pequeña ciudad de "industria muy sencilla y que proporciona cierto bienestar a la mayoría de los habitantes, más campesinos que burgueses" (Stendhal, 2006, s. p.). Además de la prisión, el hospital y el asilo, contaba con la fábrica de telas, la fábrica de clavos donde laboraban las mujeres y varias serrerías, entre ellas, la que le vendió el viejo Sorel al alcalde. Pero Julián Sorel es diferente, no es como los campesinos de su época. Provinciano, campesino, advenedizo, posicionado en Verrières como preceptor de los hijos del señor y la señora de Rênal, aspirante al sacerdocio y orgulloso por su fama de latinista debido a su prodigiosa memoria:

[...] solo dejaba traslucir sentimientos piadosos [...] para Julián hacer fortuna consistía, en primer lugar, en salir de Verrières [...] pensaba entonces con deleite que un día sería presentado a las mujeres más bonitas de París, y que sabría llamar la atención con alguna de sus hazañas. ¿Y por qué no iba a ser amado por alguna de ellas? (Stendhal, 2006, s. p.).

Stendhal señala:

De ahí el éxito del pequeño campesino Julián. Encontraba un dulce goce, un encanto de la novedad, en la simpatía de aquella alma noble y orgullosa. La Señora de Rênal le perdonó muy pronto su ignorancia, que era una gracia más, y la rudeza de sus maneras, que ella consiguió corregir. Le parecía que valía la pena escucharle, hasta cuando hablaba de cosas más corrientes (2006, s. p.).

Podría escribirse entre paréntesis el genial parecido en este punto entre el autor y su creación, Julián Sorel, quien parece autónomo, parece existir sin autor o ser sutilmente llevado por el paternal pulso de su creador, página a página, hasta su muerte. Auerbach dirá: "amor, música, pasión, intriga, heroísmo: he aquí cosas por las cuales merece la pena vivir... Stendhal es un hijo de la alta burguesía del ancien régime, no quiere ni puede ser un bourgeois del siglo XIX"

(2001, s. p.). Stendhal inyecta en las venas de Julián Sorel esa pasión exacerbada; no es casual la coincidencia entre autor y obra.

Nuevamente, Julián Sorel. Ahora sorprendido por la belleza de la señora Luisa de Rênal, una belleza comparable solo con la poesía. Sabe cómo tratar a las mujeres. Luisa de Rênal queda atrapada dentro de un sentimiento que hasta ahora experimenta debido a que no lee novelas, como lo susurra Stendhal al oído del voraz lector: Julián no la cree mayor de veinte años, huele su vestido, le besa la mano. Julián Sorel va por ahí, transita por todas partes esparciendo su dulce aroma de amor que enamora a las muchachas, entre ellas a Elisa, doncella de la señora de Rênal, quien supondrá de ella secretas pasiones con su futuro amante Julián Sorel. Es tan aturdidora su presencia que incluso hace exclamar a la cocinera “¡Ay, Dios mío! ¡Qué curita tan guapo!”. Uno de los criados hace sentir su malestar a Elisa por la llegada de “ese preceptor mugriento” a la casa. Pero es lo que menos preocupa al joven preceptor porque ya consiguió el corazón sensible de la esposa del alcalde. La señora de Rênal “encontraba un dulce goce, lleno del encanto de la novedad, en la simpatía de aquella alma noble y orgullosa” (Stendhal, 2006, s. p.).

¡Cuán errada esta alma enamorada! A Julián le importa más obtener cualquier ejemplar valioso de la biblioteca antes que llegar a amarla: “lejos de tratar de averiguar lo que pasaba en el corazón de la Señora de Rênal, lo que hacía era soñar profundamente en los medios que necesitaría para procurarse alguno de esos libros” (Stendhal, 2006, s. p.).

Solo por citar uno de tantos ejemplos, en el cuadro anterior se percibe la dicotomía del personaje, un Julián Sorel dividido entre la virtud y la hipocresía; parafraseando a René Girard, Julián Sorel vivirá toda su vida, hasta su muerte, rodeado por la tiniebla de la vanidad iluminada por los rayos de la pasión. Sucede con Matilde de La Mole, pero invertido. Matilde sueña con ser la amante furtiva de alguien que le quite el aburrimiento y ve en Julián Sorel a Bonifacio de La Mole. Está enamorada del mito. Julián Sorel decide enfrentar con dignidad la muerte, tal como lo haría un héroe. Matilde llevará la cabeza de su amante inmortal entre sus piernas y decorará bellamente la montaña donde descansará

eternamente su cuerpo. Es que "Stendhal nos presenta un héroe al derecho en un mundo al revés" (Girard, 1985, s. p.).

El héroe de Stendhal está cegado por las "tinieblas de la vanidad". A propósito de la vanidad y la pasión de Julián Sorel y de los otros personajes stendhalianos, Girard escribe:

[...] se dirige hacia el objeto sin preguntarse por los Otros. Es el único realista en un universo de mentiras. Por esto, parece siempre un tanto demente. Escoge a Mme. De Rênal y renuncia a Matilde, escoge la prisión y renuncia a París, a Parma o a Verrières (1985, s. p.).

Pero llegan muchas preguntas a la mente sobre la figura del héroe: ¿por qué estaba más interesado en procurarse alguno de los libros en la casa del alcalde que en saber lo que sentía el alma de la señora de Rênal? ¿Por qué no conformarse con vivir cómodo, siendo preceptor de los hijos del señor alcalde y gozar de la fama de latinista que había forjado en Verrières sin mucho esfuerzo? ¿Por qué renunciar a Matilde de La Mole y escoger la muerte? Friedrich se cuestionará el hecho de por qué Julián Sorel llega incluso a odiar a Luisa de Rênal y a Matilde de La Mole. Julián es un desposeído, "odia a Madame Rênal y después a Matilde de La Mole, mujeres de un mundo social situado por encima de él, y su odio recorre en realidad el mismo camino que el joven Beyle en su imagen de deseo: las obliga a la sumisión" (Friedrich, 1969, s. p.). Es un hecho: Sorel no puede despojarse de su verdadera condición social.

Y se siente inferior a ellas por su posición social. Friedrich señala que Julián escogerá el camino que lo conduce al poder antes que quedarse con el amor. Julian Sorel, héroe de Stendhal cumple más bien con un "deber heroico". Así refleja el autor esta situación de poder por parte de Julián Sorel respecto a la señora de Rênal:

Se enfrentan dos almas: la mujer amante a la que se abre un nuevo mundo en el hermoso preceptor doméstico, joven de ardientes ojos oscuros, y el alma resentida

de Julien que, sin duda, ama también, pero endurece ese amor convirtiéndolo en arma de su triunfo de poder (Friedrich, 1969, s. p.).

Todo va confluyendo no solo al vértice de la hipocresía, sino al sueño de Napoleón que palpita en el corazón de Julián y del mismo Stendhal, quien “sirvió varias veces en el ejército de Napoleón y vio varias veces de cerca al Cónsul y al Emperador; todo lo que él denominaba grandeza se lo inspiraba el recuerdo de ése hombre” (Friedrich, 1969, s. p.). Aquí otra feliz certeza de casualidad y concordancia entre autor y creación. Así se explica el mito de Napoleón como un sentimiento popular arraigado:

El mito de Napoleón movía tanto a los viejos militares como al pueblo. En efecto, desde los ideales de la antigua guardia un puente de simpatía llevaba a los ideales de hombre sencillo. Así como para los primeros Napoleón era el genio militar de la nación, para los últimos era el antiguo revolucionario, el garante de la igualdad y el protector de la tricolor (Friedrich, 1969, s. p.).

Por tanto, el héroe stendhaliano ve clara la explicación cuando le hagan un llamado a la conciencia. Piensa:

[...] es preciso que yo consiga a esta mujer —continuó la pequeña vanidad de Julián— ya que, si alguna vez logro hacer fortuna, y alguien me reprocha el haber sido un simple preceptor, podré dar a entender que fue el amor el que me hizo ocupar ese puesto (Stendhal, 2006, s. p.).

Es evidente la vanidad de Julián, aunque hay otra escena dentro de las muchas que presenta la novela que refuerza esta idea. Sucede en el capítulo XVIII de la obra. Ante la llegada del rey a Verrières, el joven preceptor consigue ser guardia de honor. El pueblo se agolpa para ver al rey precedido por las campanas y el cañón militar. Entre la algazara y el alboroto de la muchedumbre, nace una indignación que va creciendo como el fuego hasta arder en una llama incontenible en todo Verrières. Hay agitación general en la pequeña ciudad. Es inadmisibles que el hijo de un carpintero forme parte de la guardia del rey. Brilla

bajo el sol la charretera nueva de Julián Sorel, monta un caballo normando del señor Velenod y se roba las miradas de los aldeanos:

Su dicha no conoció límites cuando, al pasar cerca de la vieja muralla, el estampido del cañonazo hizo sobresaltar a su caballo, que se salió de la fila. No lo derribó por casualidad y, desde aquel momento se sintió héroe. Era un oficial del Napoleón cargando la batería (Stendhal, 2006, s. p.).

El poder que busca con tanto esmero junto con su ideal napoleónico son posibles gracias a una estrategia que utiliza Julián Sorel: la farsa, el disfraz, la hipocresía. La emplea para acceder al mundo de la familia de Rênal, luego en el seminario de Besançon y finalmente en el palacio de La Mole. En realidad:

[...] la alta escuela de esa táctica de disfraz, es el clero, le ofrece a él, el plebeyo, la única posibilidad de triunfar en la lucha por el poder. De esa suerte, se convierte Julián en encarnación de una época que considera que la rebeldía disfrazada es la única forma posible de heroísmo y de libertad revolucionaria (Friedrich, 1969, s. p.).

Finalmente es un tiro, un disparo el que precipita a Julián al despojamiento total de toda máscara con la muerte. El atentado contra Luisa de Rênal abre las puertas de una inverosímil paradoja planteada por Stendhal. Muere el advenedizo ceñido de poder y envuelto en el manto de la hipocresía de la época, pero sobrevive el estoico héroe mientras es conducido al patíbulo.

Bibliografía

- Auerbach, E. (1975). *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura universal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Friedrich, H. (1969). *Tres clásicos de la novela francesa: Stendhal, Balzac, Flaubert*. J. Rovira Armengol (trad.). Buenos Aires: Losada.
- Girard, R. (1985). El rojo y el negro; Problemas de técnica en Stendhal, Cervantes y Flaubert. En *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama.

Hobsbawm, E. (1997). *La Era de la Revolución, 1979-1848*. Felipe González (trad.). Buenos Aires: Crítica.

Stendhal. (2006). *Rojo y negro*. F. Gutiérrez (trad.). Madrid: Cátedra.